

Combate

(Paisaje para después de una batalla)

Carles Batlle

Obra original en catalán.

Traducción al castellano: Alejandro Montiel

PERSONAJES

ÉL, veinte años.

ELLA, *entre veinticinco y treinta y cinco años.*

ESPACIO:

Habitación pequeña y sin ninguna particularidad remarcable. Al echar un primer vistazo, surge una duda: ¿es una celda?, una prisión, un convento, un hospital? Quizás no sea más que el cuarto exiguo y adocenado de una ciudad dormitorio, o tal vez un refugio postnuclear. Pero, es un espacio habitable. Hay en él una cama muy sencilla y una silla. Seguramente, la persona que vive allí no tiene dinero o no tiene gusto, o acaso no tiene ninguna de las dos cosas. ¿Es que no hay nada que distinga a este lugar? Sí. Sí que hay algo. De la pared cuelga una ilustración a dos tintas y, debajo, en hojas que pueden arrancarse, aparecen los días negros y rojos del mes. Veamos: es la reproducción de un cuadro postprerrafaelita. Sin duda es *The Lady of Shalott*, de John William Waterhouse, pintado en 1888, que, como todo el mundo sabe, ostenta el N 01543 de la Tate Gallery de Londres.

Esta celda es la habitación de ELLA. ELLA siempre aparece en su habitación, y la imagen del calendario también. Distribuidos por aquí y por allá, se advierten algunos objetos aparentemente imprescindibles: una linterna, algunas ropas, una pastilla de jabón, una toalla, un bolígrafo, papel, una manta... ¡Ah! Y por todas partes, en las manos, en la cama, por los rincones, oscuro y omnipresente, el cañón brillante y alargado de una pistola.

0

Luz. ELLA mira hacia la puerta. Lleva la pistola en la mano. Ambos brazos cuelgan inertes pegados al cuerpo. Se escuchan gritos -muchacha gente: «arriba, más arriba, en la última puerta...» - y ruido de pasos apresurados en el rellano. Llaman a la puerta: uno, dos, tres... ELLA no se mueve. Uno, dos, tres... Extiende el brazo y encañona la puerta con la pistola. Uno, dos, tres. Alguien, desde detrás de la puerta, dice: «Soy yo. He vuelto. Te he venido a buscar. Somos...» ELLA dispara. Oscuro. Breve pausa. Ruidos, insultos, y la puerta que cae al suelo. Disparos. Atravesando la oscuridad, un grito prolongado y penetrante de mujer...

I

Durante el monólogo de ÉL, el espacio no parece el mismo. ¿Es el mismo? Se trata de un ámbito indefinido, vacío. Únicamente hay una especie de tabla situada en medio de la habitación, pero ningún espacio ni tiempo tutelando la escena. Ni ningún material específico: esa «tabla» no es de madera, y tampoco parece de metal. Parece, eso sí, preparada -adecuada- para que alguien se tienda en ella, para descansar un rato o para someterse a una revisión médica, quizás sólo para dormir. Al verla, la reacción natural de cualquiera habría consistido en tumbarse en ella. Pero desde luego que, como tabla, también podría servir para planchar. Sentado en un extremo, con las piernas colgando y la espalda erguida, ÉL, casi inmóvil, contemplará el vacío y hurgará infructuosamente en sus límites y en sus entrañas. Sólo moverá los ojos. Y, cuando hable, también la boca y el cuello.

Ten cuidado. No te muevas. El más mínimo movimiento y toda el agua se te colará por el cuello de la camisa y por el interior de la ropa. Eso no te gustaría ¿verdad? Si eso pasa, desaparecerás. En tu lugar, sólo el líquido... y las sombras... No pensar. Pensar en otra cosa. Estás bien. No tienes frío, estás relajado, notas cómo el cuerpo puede responder sin dificultad a cualquier impulso que le envíes; te sientes ágil y fuerte, sano, más que nunca. Pero moverse es peligroso. Tienes sed, ¿verdad? Se nota por el modo en que abres la boca, por la longitud desmesurada de tu lengua cuando

hablas. Parece como si quisieras huir. Tienes tanta sed que harías cualquier cosa. Arquearías el cuello. Arquearías el cuello y sorberías toda esta secreción viscosa hasta la última gota, hasta que tus pies fueran de nuevo visibles, hasta que tus manos te pudieran palpar de nuevo... Sin embargo, no te atreves. No te atreves a moverte. Te da miedo que el más mínimo movimiento lo eche todo a perder. Aunque, la verdad, tampoco sabes muy bien de qué va esto. Y, desde luego, tampoco sabes qué puedes perder. Va a pasar alguna cosa. ¡Ten cuidado! **(Pausa.)** Te acuerdas, ¿verdad?... Ibas convencido. No tenía dudas. Tu pueblo.... tu familia...., tu patria.... todos tenían fe en ti, en tu... en tu... amor. No podías ignorarlo ni desentenderte de ello. Todos esperaban que hicieras algo, no podías arrebujarte en un rincón y dejar que el tiempo pasara. Querías luchar, expulsar a los usurpadores, limpiar todos los rincones que ellos habían abarrotado de basura. Recuerda, recuerda cómo lo decías: su presencia lo ensucia todo, contaminan todo lo que tocan, su idioma corrompe el aire, hace que todo apeste... Ni siquiera podías comprender cómo en el pasado te habías acostumbrado a usarlo cotidianamente, descuidadamente... ¿Por qué tu madre no te lavó la boca con jabón? **(Pausa.)** Tienes sed. Tienes mucha sed. Cada vez que lo dices, observas tu lengua de reojo y sufres; tienes tanta sed que harías cualquier cosa. Arquearías el cuello y sorberías toda esta secreción viscosa hasta la última gota, hasta que tus pies fuesen de nuevo visibles, hasta que tus manos te pudieran palpar de nuevo...

(Pausa.)

Todos lo decían, todos lo decían, lo decían constantemente, con los ojos, con los gestos, con la voz. Si no vas, tu padre, tus hermanos... ¿lo sabes, verdad? Si no vas, su sacrificio habrá sido inútil. Y perderías el derecho a decir nada, a decir nada nunca... Tenías que hacerlo. Tenías que ir, intentarlo, atravesar las líneas enemigas, abandonar la ciudad y preparar, desde el exterior, el asedio definitivo, la aniquilación final, la gran victoria de tus hermanos. ¡Cuidado, no te muevas! ¡Todavía no...! **(Pausa.)** Tenías que ir. No hubieras soportado que por tu culpa, precisamente por tu culpa, ellos se hubiesen adueñado de tu tierra, de tus montañas, de tus árboles, de tu cielo... Nunca hubieras podido perdonártelo. Estabas persuadido de que, si no hacías nada, el veneno de su lengua, el hedor sulfuroso de su piel, sus costumbres bárbaras, emponzoñarían sin remedio el paisaje íntegro de tu país, lentamente.... y que tu tierra se convertiría en un desierto. Tenías que hacerlo. No te quedaban excusas... Dejar pasar el tiempo: no moverse, no

mear, no tener sed, no pensar, sólo esperar. Esperar. **(Pausa.)** Ya no tenías excusa. La gente no te saludaba por la calle; no, no aceptaban más pretextos: ¿por qué no estabas en tu puesto?, ¿por qué? Tenías que hacerlo. Tenías que ir. ¡Malditos sean! Lo sabían. Sabían que tenías muchas ganas de hacerlo. Lo sabían, mierda, lo sabían, y sin embargo no te saludaban. Y, finalmente, lo hiciste.... te fuiste... Y no te dijeron nada. Te dieron una manta y una camisa verde de segunda mano con un agujero en el vientre. Y también un fusil destartalado con dos balas. Y una pistola. De pie, en el portal, tu madre lloraba en silencio, frotando sus febriles labios en tu mejilla: te anudó un pañuelo al cuello y te besó, y, después, cuando te arrastrabas temerosamente hacia las trincheras, conservabas la tibieza de sus lágrimas en la piel. Decidiste no quitarte el pañuelo hasta que todo aquello acabara... ¡Cuidado! **(Pausa.)** Cuidado. Ten mucho cuidado. Tienes miedo a que el más pequeño movimiento lo eche todo a perder. Aunque tampoco sabes muy bien de qué va todo esto. Ni tampoco qué puedes perder.

II

ELLA.- Por culpa tuya he perdido mi intimidad. Aunque no pienses que eso me disgusta, no. Este combate me estimula. Cuando abro la puerta te busco, pero esquivo tu mirada. Y, aunque disimules, sé que no permaneces indiferente a lo que hago. Lo sé. No estoy sola. Vives conmigo, y cuando no estoy, sé que me esperas. Sin mí, tu existencia no tiene sentido... o quizá debería decir tu no existencia... Me esperas y me reclamas, me aleccionas y me consuelas, me insultas, me riñes... me quieres. Me necesitas. De día, cuando no estoy, imagino cómo te impacientas, y me cuesta creer que permanezcas inmóvil: te veo libre, cubriendo el espacio, apropiándote del espacio, olvidando con rabia los gemidos que no has podido evitar oír. De noche, cuando se apagan las luces, estás aquí, conmigo, y tu mirada, invisible de día, perfora la oscuridad con más fuerza que nunca, implacablemente, hasta encontrarme insomne y encogida en un extremo de la cama. No lo puedo negar: me desazonas, no me dejas dormir, tu mirada no me deja dormir, me hace daño, pero también me acompaña, y me hace feliz. Sí, también me acompaña... Me siento más fuerte que nunca. Por primera vez sé que hay alguien que sólo vive para mí. **(Pausa.)** Te introdujiste en mis dominios por azar. Yo no te llamé. Entraste a formar parte de mi vida sin darme cuenta. Te conocía, es cierto. Te había visto alguna vez, de lejos, en

algún libro, te había admirado, quizá, e incluso te había deseado, pero sin egoísmos, sin obsesiones, y, mira por dónde, ahora estás conmigo. **(Pausa.)** Un día, al llegar a casa, me encontré el techo hundido y el suelo lleno de sangre, y al día siguiente vine aquí y ya estabas.

(Pausa.)

Hoy se acaba lo nuestro, y, a pesar de todo, me siento más fuerte que nunca, y no me da miedo lo que pueda pasar. Hoy es el día decisivo, el último día. Sé que he tomado la decisión correcta. Hoy, pronto, ahora, llamarán a la puerta, me vendrán a buscar... me vendrán a buscar. Y entonces nos separaremos tú y yo. Y esta otra vida dejará de roerme las entrañas.

(Silencio.)

Hoy, tú y yo nos separaremos. Pero estoy preparada. Y no me da miedo. Sí, no hace falta que pongas esa cara. Reconozco la ironía en tu boca entreabierta, en este labio rojo y carnoso que muestras constantemente. Llamarán a la puerta. Estoy preparada, y por mucho que lo intentes, no me asustarás. Jamás te he visto los ojos y jamás te los veré. Sólo los abres cuando no te miro, y por eso tu mirada me seduce, por eso me hace tanto daño. La noto aquí, cuando como, cuando duermo, cuando me babea... ellos... todos ellos. Y eso, ¿sabes?... me excita... ¿Dime? ¿Qué harás cuando ya no esté?

(Pausa.)

Por primera vez hay alguien que sólo vive para mí. Tú. Hoy tú y yo nos separaremos, pero, te lo aseguro, no te servirá de nada. Ni tú ni yo podremos vivir para nadie más. No soporto imaginar tu traición, y por eso no podrás permanecer aquí, como si nada, cuando ya no esté. Toda la culpa es tuya. Hasta ahora sólo había tenido servidores... leales... aquí...: esta manta, mi bolígrafo, un poco de jabón... Ellos me han sido fieles hasta límites insospechados. Y en las situaciones más extraordinarias. Pero tú, desde tu rincón, me amenazas. Quieres hacerme creer que esperas con impaciencia que desaparezca y que no vuelva. Quieres hacerme creer que lo aguardas con placer, aunque con la incertidumbre de no saber quién vendrá a ocupar mi lugar. Descuida, no te inquietes, no vale la pena. Lo sabes, ¿no? Nada podrás hacer. No te lo permitiré.

(Pausa.)

Hace casi cuatro meses que compartimos este lugar. ¿Recuerdas el primer día? Cuando llegué ya estabas. Con estos aires de víctima y de fiscal que nunca te abandonan, con esta cabellera despavorida que te oculta el vientre. Después, los hombres. Uno después de otro. Nunca han dejado de subir por las escaleras, de manosear los pomos, de restregar las barandillas, de torturar los peldaños. Vino un soldado. Un soldado, seguro que te acuerdas. Un muchacho asustado con un pañuelo rojo al cuello y un fusil a la espalda. Esa noche se iba al frente. Fue el día antes de que ocuparan la ciudad... Yo también tenía miedo, mucho miedo, pero recuerdo que le miré directamente a los ojos... Fue una visión conmovedora: los dos nos hacíamos los remolones, y la ropa parecía oponer resistencia a desabotonarse, a desprenderse de los cuerpos, a esparcirse por el suelo. ¡Qué romántico!, ¿no? Aun no me había acostumbrado a tu vigilancia tenaz y callada. Él fue el primero... Me lo había imaginado diferente. Se mostró tierno, como si me quisiera de veras. Y llegado el momento sentí que me llenaba el vientre. Cuando se fue, no me atreví a pedirle nada. De esto hace cuatro meses. Y ahora me parece como si nunca hubiera habido una vida antes. Ya lo sé. Te lo he explicado mil veces... Es verdad que antes, mucho antes, hace mucho tiempo, tenía un marido que me adoraba, un trabajo estable, muchos vestidos, un piso decorado con elegancia, algunos muebles antiguos y dos cuadros originales de muy buen tamaño, con una secadora, un lavaplatos, un microondas, un ordenador, una impresora, un compact, un vídeo, diez álbumes de fotografías con la fecha en el lomo y un montón de libros por todas partes. Cada día era lo mismo. Me levantaba, desayunaba... corn-flakes con leche semidesnatada y un sucedáneo de café. Cogía el autobús, caminaba cuatro manzanas y me elevaba a la planta décima de un gran edificio en un ascensor dorado. Comía en un restaurante exótico con los compañeros del trabajo y... recuerdo, recuerdo que siempre se reían mucho cuando les contaba la doble ceremonia de mi boda. Dos religiones, dos lenguas, pues dos ceremonias, ya se sabe. Y el follón que se les crearía a los hijos... mi vida se deslizaba mansamente. Sin sobresaltos ni sorpresas. No quería nada más, no deseaba nada más. Pero un día, al llegar a casa, me la encontré con el techo hundido y el suelo lleno de sangre, y al día siguiente vine aquí y tú ya estabas, y ahora sólo te tengo a ti.

(Pausa.)

Envidio tu rutina, odio tu rutina. No puedes verlo, no quieres verlo. La sangre chorrea por las aceras y tiñe el polvo y la hierba. Los edificios abatidos exhiben impudicamente sus entrañas. Los huertos diminutos y mal regados nacen en cualquier parte... por la gracia de Dios. Por la misma gracia, mañana aparecerán estériles y hediondos, mojados por la orina, saqueados por la avidez prematura de tantos y tantos vientres... Nada volverá a ser como antes. Ni siquiera para ti. Antes. Antes no había ruidos de habitación de alquiler, ni gritos de habitación de alquiler. Mi existencia era segura, tranquila, holgada. Ahora, en cambio, soy feliz. No tardarán mucho en llamar. Estoy dispuesta.

III

ÉL.- ¿Te das cuenta? ¿Verdad que sí que te das cuenta? El nivel del agua va elevándose despacio hasta la barbilla. Levanta el cuello. Estíralo. Estíralo. **(Pausa.)** Tienes sed. Te atormenta la sed y estiras el cuello. Y cuanto más sube el nivel del agua, más estiras el cuello, y más sed tienes, y más arquearías el cuello, más lo estirarías, más, y no puedes más.... Desearías que ahora, de repente, ahora mismo, se resolviese esta situación. De cualquier forma. Que acabase. Demasiada sed. Ya basta de esta tortura. Demasiada agua... ¡El agua..! ¡Cuánta agua! **(Pausa.)** Se extiende la oscuridad impenetrable y tranquila más allá de ti. Ves hojas y ramas que se deslizan sobre su superficie. Vegetación muerta, andrajosos juncos que se acomodan a la corriente parsimoniosa. Y estas enormes manchas de musgo. ¿Sabes si el musgo mancha? **(Pausa.)** Procura que los ojos no se te manchen. Al menos, eso. Déjales que vean lo que tienen delante... Lo has visto. Has visto centellear una luz moribunda entre los árboles... Árboles. Hay una ribera, un río... Estás dentro de un río. Un río. Espera.... Va a pasar algo, algo tiene que pasar, pero, lo sabes: nada puedes hacer para evitarlo.

(Pausa.)

Tenías que hacer algo. Su presencia lo envenena todo. Su contacto contamina. Su lengua pudre el aire. Ni siquiera podías entender cómo en el pasado te habías acostumbrado a usarla cotidianamente, descuidadamente... Eran tus amigos y te traicionaron. Te amenazaron y te maltrataron. Guardaron la pelota y las bicicletas, y también las mochilas grises; no te devolvieron aquel libro que tanto te gustaba, ni

tu jersey preferido; y tú no les devolviste los esquís, y te quedaste con los carretes de fotos de aquellas vacaciones. Dejaron de mirarte, de hablarte y, un buen día, amenazando con grandes cataclismos y desgracias, se fueron, dejaron la ciudad, y jamás los volviste a ver. **(Pausa.)** El día que se fueron incendiaron el coche de tu padre y cuatro coches más. Te acuerdas de cómo gritaban, de cómo se empequeñecían a tus ojos al alejarse por la calle y de cómo iban dejando cristales rotos a su paso. Eran tus amigos y te traicionaron. No eran fieles, no eran como tú. Se fueron amenazando con los puños. El odio les abrasaba las mejillas. Y se quedaron asediando la ciudad, a tu gente. Y los viejos se morían de hambre, y sus bombas derribaban todas las casas. También sus propias casas. **(Pausa.)** Tenías que hacerlo. Tenías que ir. Atravesar las líneas enemigas. Sus líneas. Tenías que hacerlo... por ellos. Eran tus amigos...

Poco a poco vas olvidando la sed y la amenaza del agua. Eres valiente. Un hombre hecho y derecho. Eres un hombre, sí, pero no has vivido la vida. Sólo la has camuflado entre el barro de las trincheras. Barro húmedo, barro rezumón, el mejor barro para arañar tus pesares. Pequeñas palabras de barro, una letra después de otra. Una noche después de otra. Y has cerrado los ojos, y has visto las estrellas, que te devolvían a ella y te prometían risas y amor. ¡Cuidado! **(Pausa.)** No ha pasado nada. Concéntrate. No ha pasado nada, no ha pasado nada. Calma. No ha subido tanto. El nivel aún no ha alcanzado el cuello de tu camisa. Piensa en otra cosa, olvídate de la sed, piensa en cualquier cosa, en ella, en ella por ejemplo, en su habitación, en su olor, en el beso apasionado de sus labios, en su miedo... La escalera. La escalera, ¿la recuerdas? Un piso y otro, escaleras, hace poco, casi ahora mismo, hace un momento, pomos redondos en los ángulos del pasamanos, la madera gris y gastada del borde de los peldaños, y mucha gente, gente que grita: «arriba, más arriba, en la última puerta», y el rencor de esos gritos, que te estremece... Y súbitamente, un estrépito... Y ahora estás aquí.

(Pausa.)

Pero no es la primera vez que subes estas escaleras. No es la primera vez. ¿Cuándo fue la primera vez? ¿Son las mismas escaleras? Sí, sí, pero de eso hace tiempo... Recuérdalo. **(Pausa.)** Tienes que hacerlo. Tienes que hacerlo. Tienes veinte años. Arde en ti la ciudad, y tú, allí, perdido, llevas un fusil en la mano y un corazón lleno de rabia. Desorientado, te dejas arrastrar por la corriente. Te vas. Lo sabes. Te vas. Sales al exterior, afuera... Contigo te llevas la razón y la

indignación. Y un pañuelo rojo. Y en la mejillas la tirantez frágil de unos besos y unas lágrimas. Tienes que hacerlo. Tienes veinte años. Eres un hombre. Lo dice todo el mundo. Ya eres un hombre. Subes las escaleras. Acaricias lentamente los pomos, y en cada rellano, a cada paso, a cada chirrido de los peldaños, te quema más el llanto de tu madre. ¿Te acuerdas, verdad? La madera gastada, los rellanos breves, y esa puerta que nunca llega. Un piso, otro, y otro, y otro, cada vez más arriba. Tus botas arrancan gemidos de la madera exangüe, como si quisieran hacerse oír, como si quisieran triunfar sobre tu propia vergüenza, y a cada paso la queja es más fuerte, un ruido prolongado y estridente, y tú sigues corriendo, volando... Indiscretas, las mirillas de las puertas delatan en el interior presencias atemorizadas y curiosas, expanden flacos haces de luz que atraviesan la oscuridad. Tú finges que no te das cuenta y sientes que por momentos tienes más ganas de mear.

(Pausa.)

Mear, beber... ¡Agua...! Ya casi no te acuerdas **(Pausa.)** Estás delante de la puerta que buscabas. La última. Llamas. Te sudan las manos. Te las secas frotándolas en el pantalón y lo vuelves a intentar. Uno, dos, tres. La mirilla está cerrada. Sudas. Llamas otra vez. Uno, dos, tres...

IV

ELLA mira fijamente la imagen que cuelga de la pared. Sus dos brazos cuelgan inertes. Se escucha ruido de pasos en el rellano, pasos de una única persona, pesados y veloces, solitarios.

Pausa.

Llaman a la puerta: uno, dos, tres... ELLA no se mueve. Uno, dos, tres... En actitud apática, se gira y mira hacia la puerta. Se acerca. Alguien dice: «Soy yo, te acuerdas. Nos han presentado en el bar». ELLA camina pesadamente hacia la puerta y abre.

ÉL.- Hola. Soy yo. Te acuerdas, ¿verdad? Aquí abajo, en el bar... Como me habías dicho que vivías aquí arriba, he pensado que quizás... no sé, que quizás te apetecería charlar un rato con alguien... No sé, hoy es un día especial. Mañana todo puede ser muy distinto. ¡Eh! No te preocupes... Llevo

un fusil y una pistola... No tengo que irme hasta dentro de tres horas... Tardarán en atacar... Gracias. **(Silencio.)** Bonito sitio. Perfecto para una persona sola. Una silla, una cama... Lo imprescindible... Quiero decir que..., qué es lo más necesario, que... ¿cómo te llamas?

ELLA.- ¿Cuánto dices que tardarán?

ÉL.- Como pronto, a medianoche... Creen que será una sorpresa. Pero no tengas miedo. Para eso he venido. Te haré compañía un rato. Hasta dentro de tres horas no tengo que irme. **(Pausa.)** ¿Ves este agujero? Me lo hicieron durante el gran asedio. Hace dos meses. Con una bayoneta oxidada. Pero todavía estoy vivo. ¡Soy duro de pelar!

ELLA.- A medianoche. Y, ¿por qué te vas?

ÉL.- No pasará nada, y a lo verás. Cuando me vaya, cierras la puerta con llave....

ELLA.- ¿Por qué os vais? Porque no te vas solo, por supuesto.

ÉL.- ¿Qué quieres decir?

ELLA.- ¿No los esperáis? Te vas dentro de tres horas y ellos atacarán a medianoche. ¿Por qué te vas?

ÉL.- Tenemos que dejar que tomen la ciudad... No contamos con fuerzas suficientes para resistir. Tenemos que hacerlo así. Nos arrastraremos hasta situarnos detrás de sus líneas y, cuando llegue el momento, volveremos. Con más material, con más gente... Cuando estemos preparados, cuando... ¡Anda! Este cuadro me suena. Es bonito. Es como si lo hubiese visto en otra parte. ¿Quién es?

ELLA.- ¿Y la gente? ¿Y las mujeres?

ÉL.- Sólo hay una... Sabes que se te parece. Tenéis la misma piel, el mismo color de pelo, y el labio carnosos... Lástima que tenga los ojos cerrados: o no, los tiene abiertos. No sé. Tiene un aspecto irónico, ¿no?

ELLA.- No los tiene siempre.

ÉL.- Yo diría que están cerrados. Podría ser una mirada baja, pero no. Yo diría que están abiertos.

ELLA.- Sólo los abre cuando no la miras. Y también en la oscuridad.

ÉL.- Es precioso y un poco tétrico. Sobre todo este agua tan negra, y las hojas que flotan, y estos juncos en desorden y esta pequeña claridad... No me atrevería a nadar aquí. Pero me gusta. ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Cómo te llamas?

ELLA.- Cuando vine ya estaba. **(Pausa.)** Me hace compañía, pero también me inquieta. De noche, cuando cortan la luz, cojo una linterna. Lo primero que hago es pasear el haz de luz por su rostro... No te lo crearás, pero la

luz parece que viene de ella. Te lo juro, de su vestido blanco... Ya te habrás dado cuenta: aquí ella lo es todo para mí. Es inevitable que hablemos de ello. Cuando os vayáis sólo quedarán los viejos, los niños y las mujeres, y yo.

ÉL.- No digas tonterías. Sólo es una imagen. Tú eres más guapa que ella. Ya me he fijado abajo. ¿Cómo te llamas?

ELLA.- ¿Más guapa, dices?

ÉL.- Sí, más guapa, encantadora, resplandeciente, cojonuda. ¿Sabes? Me gustas, me gustas mucho, me gustas...

ELLA.- ¿De modo que eres un soldado con experiencia? Muy bien. Me gustan los hombres fuertes y experimentados, los hombres seguros de sí mismos, los hombres que hacen las cosas con decisión, sin dudar un momento, con convicción, sin mirar atrás. Los hombres llenos de cicatrices, los hombres curtidos, vestidos de militar, con señales inequívocas de su valentía...

ÉL.- Te gustan los hombres.

ELLA.- Me gustan los hombres de verdad. Y tú eres un hombre de verdad ¿no? ¿O no? ¿No eres tú un hombre de verdad con tu fusil, tu pistola y tu agujero en el vientre? He oído cómo pisabas fuerte ahí fuera, cómo caminabas con seguridad y aplomo. Eres un hombre convencido, un hombre seguro, ¿no? Porque, si no ¿qué eres tú? Dime, ¿qué eres tú?

ÉL.- Bueno.... quizás no tengo tanta experiencia... Tengo veinte años, se me nota, y a lo sé, pero ya soy un hombre. A mí también me gustan las mujeres con experiencia como tú. A mí también.

ELLA.- Las mujeres con experiencia como yo.

ÉL.- Quiero decir, no sé, que no parece que sea la primera vez que tú... Bien, ya me entiendes, que cuando te he visto en el bar me ha parecido que tú... Bien, me ha parecido, no sé, que tú... que tú y yo, no sé, una noche como esta, con los enemigos tan cerca, no sé, que tú y yo podríamos, no sé, ya me entiendes... **(Silencio.)** Será mejor que me vaya.

ELLA.- Es la primera vez.

ÉL.- La primera vez.

ELLA.- Sí, es la primera vez.

ÉL.- La primera vez.

ELLA.- Sí.

ÉL.- La primera vez que qué, que qué, ¿que te encuentras con un payo que no sabe qué hacer?, ¿que alguien se pone gallito y hace el ridículo delante de ti? La primera vez que qué, di, ¿que qué?, ¿que te insultan?, ¿que te ofenden? Di. La primera vez que qué...

ELLA.- La primera vez que sube aquí un hombre.

(Pausa.)

ÉL.- La primera vez... ¿Eres...?

ELLA.- Estaba casada...

(Silencio.)

ÉL.- Perdona... es la primera vez.

ELLA.- La primera vez, la primera vez. ¿Estaremos toda la noche repitiendo lo mismo? Que sea la primera vez no quiere decir que no me guste que hayas subido y que tengamos que hablar como si fuésemos idiotas. Que sea la primera vez no quiere decir que no tenga ganas. Ven.

ÉL.- Es la primera vez. Para mí es la primera vez. No soy un soldado curtido. Es la primera vez.

ELLA.- ¿Eres virgen?

ÉL.- Es la primera vez que entro en combate... He subido tus escaleras... No sé... Tengo miedo.

ELLA.- Yo también.

ÉL.- Soy virgen. (Pausa.) Tienes un acento extraño al hablar. No eres de esta ciudad, ¿verdad?

ELLA.- Yo también tengo miedo... No soy una puta, créeme, pero no sé qué seré mañana. Ven. Abrazame.

(Pausa.)

ÉL.- Subía las escaleras y las botas me pesaban como si fuesen de plomo. Ahora me siento mejor, mucho mejor, como si nadie pudiera decirme qué tengo que hacer, como si todas las decisiones fueran correctas y libres... No, no, en la mejilla no, por favor, en la mejilla, no, en la mejilla no, en la boca, bésame en la boca...

ELLA.- Oye, ¿no te parece que eso es al revés?

ÉL.- No. He dicho que en la mejilla, no. Déjame...

ELLA.- Perdona, perdona... Ven... (Se va la luz.) No te asustes. Es normal a esta hora. Ven. En la boca... Así. Te gusta, ¿verdad? A mí me gusta.

ÉL.- La linterna.

ELLA.- Es igual. A oscuras.

ÉL.- Quiero ver.

ELLA.- ¿Qué quieres ver? ¿Quieres verla a ella?

ÉL.- A ti. Quiero verlo. No sé, entiéndeme, es la primera vez y no quiero perdmelo.

ELLA.- No te preocupes. Estarás aquí, te lo juro. Toma,

cógela... Lástima que ahora tengas las manos ocupadas.

(Pausa.)

ÉL.- No, el pañuelo, no. Quiero hacerlo con el pañuelo puesto. Lo he prometido... No así no, no es de cremallera, es de botones... para, para un momento. Déjame que me quite las botas, las botas...

ELLA.- Eso, si no ando muy desencaminada, no son exactamente tus botas. Yo diría, sí, yo diría que es mi sujetador... Eh, eh, qué prisa tienes... Espera, espera. Para, para. Un momento, un momento. Se supone que tú y yo tenemos miedo, que estamos acojonados, que, por una u otra razón para los dos es la primera vez... Deberíamos mostrarnos un poco más tímidos, ¿no crees?

ÉL.- ¿Te burlas de mí? ¿Quieres tomarme el pelo?

ELLA.- No. Te lo juro. No sé por qué, pero me siento extrañamente excitada. De verdad, te lo juro. Excitada de verdad. Creo que me gustas. Sólo por un momento me ha parecido, no sé cómo explicarlo, como.... como... irreverente.

ÉL.- ¿Irreverente? Quizás tienes razón. Si me viese mi madre... Hoy es un día muy especial. En la calle la gente aún se está matando... ¿Por qué la miras tanto? Deja en paz la linterna.

ELLA.- Sí. La gente se está matando en la calle... y en las casas... (Pausa.) ¿Sabes? Prefiero las prisas. Vamos, fuera botas... No me aclaro con todo este lío. Ilumina aquí. Deja eso un momento, por favor. Ilumina aquí. Ahora, ahora. Y eso, fuera. Eh, la cremallera. Fuera. Muy bien... Sí.

ÉL.- ¿Tú crees que...? Ah... La de la barca nos está mirando. Ah, Ah... Te lo juro, nos mira, tiene los ojos abiertos... Espera, espera... ¿Y tú?

ELLA.- Ven aquí.

ÉL.- Espera. No te muevas. Estate quieta. Poco a poco. Mira, se te pone la piel de gallina... El soldadito de plomo se va a la guerra. Deja atrás el pueblo, a su madre y a sus queridos amigos. No ha querido escuchar sus ruegos y ha partido a luchar por la patria. Marcha siempre adelante, llueva, nieve o haga sol. ¡Oh, la montaña! Habrá que subirla. Uno, dos, tres. El soldadito de plomo ha coronado la cima... Allí descansa un rato. Luego baja. ¡Oh! ¿Qué es esto? Un desierto. El soldadito de plomo se desespera, comienza a dar vueltas por aquí, por allá, por aquí, por aquí abajo. ¡Y ahora un bosque! Sólo le faltaba eso. El soldado se ha extraviado en el bosque... Tienes los muslos como dos árboles...

ELLA.- Sí, sí. Ah,... No, no te pares. (ELLA coge la

linterna e ilumina y oscurece alternativamente la imagen, todo el rato.) Sí, más, más, no te pares... No, no...

(Pausa.)

ÉL.- Te quiero.

ELLA.- Ven aquí.

ÉL.- La linterna.

ELLA.- Apágala, déjala. Sólo nos mira cuando nosotros no la miramos. Y me parece que se lo pasa bien.

ÉL.- Quiero hacerte un hijo. Te quiero. Quiero tener un hijo tuyo. **(Pausa.)** ¿Te molesta?

ELLA.- Me parece que precisamente hoy es de lo más apropiado... Es extraño. Hace unos cuantos días que cada cosa que hago es como una apuesta. No te rías. Es una sensación que hace que me sienta segura. Ya sé que parece absurdo, pero es cierto. Tú eres ni última jugada...

ÉL.- Y qué, ¿ganas o pierdes?

ELLA.- Aún no lo sé. Me parece que sí, que gano, no sé...

ÉL.- No tengas miedo. No me iré. Me quedaré contigo, te protegeré, los esperaré detrás de la puerta... Te quiero. Quiero quedarme contigo. No quiero que te quedes sola.

ELLA.- No estoy sola. La tengo a ella. **(Pausa.)** Cuando te vayas...

ÉL.- No me iré.

ELLA.- Cuando te vayas...

ÉL.- No me iré, te lo juro, no me iré, y o...

ELLA.- Calla. Cuando te vayas, tendrás que darme una cosa.

ÉL.- ¿Una cosa? **(Pausa.)** No tengo dinero.

ELLA.- No quiero dinero.

ÉL.- No sé. Quizás sí que deba irme. No quiero irme, te lo juro, no quiero irme. Es como si todo me empujara a partir, como si todo el mundo estuviera convencido de que debo ir. Pero, te lo juro, no quiero irme. Creo que me he enamorado de ti. Eres la mujer que siempre he soñado. Con mujeres como tú, nuestro pueblo...

ELLA.- Vuestro pueblo ¿qué?

ÉL.- ¿Por qué dices «vuestro»? «Tu» pueblo, «nuestro» pueblo.

ELLA.- Sí, claro. Nuestro pueblo.

ÉL.- Escucha. Volveré. El día que liberemos la ciudad, volveré. Te vendré a buscar. Subiré las escaleras y no nos volveremos a separar jamás. Llamaré a la puerta, como hoy.

Llamaré a la puerta y diré: «Soy yo. He vuelto. He venido a buscarte. Somos libres». Y entonces nos iremos de aquí. Nos embarcaremos juntos. Navegaremos en un barco de lujo y haremos cabotaje por nuestra costa, orgullosamente, sin prisa, planeando el futuro y nuestro hogar...

ELLA.- Vete.

(Vuelve la luz.)

(Pausa.)

ÉL.- Sí, es mejor que me vaya.

ELLA.- Cuando te vayas...

ÉL.- ¿Sí?

ELLA.- ¿Me dejarás tu pistola?

(ÉL le da la pistola. Mira la imagen. Se aproximan con ternura.)

V

ELLA.- Este combate me estimula. No insistas. Cuanto más insistes en fingir que me ignoras, cuanto más insistes en fingir que me desprecias, más convencida estoy de que he tomado la decisión correcta. Desde hace cuatro meses, cuatro meses, he olvidado el significado de la palabra sumisión. Me he acostumbrado al dominio del tacto y a simular las glotonerías del placer. Me he complacido en el disimulo. Por todos los poros de la piel he sentido el voluptuoso escalofrío del poder y, sobre todo, el pinchazo lacerante de tu mirada... ¡Insiste, insiste si quieres! Tu silencio no logrará hacerme cambiar de idea. Hoy, esta otra vida dejará de arañarme las entrañas. ¿Qué? ¿Quizás no te dejado suficientemente claro que quiero vivir sola, libre, desposeída, feliz?

(Pausa.)

Tu mirada lacerante, el placer de tu mirada. Me di cuenta el primer día. ¿Te acuerdas del soldado? Justo nos acabábamos de conocer tú y yo. Estas paredes, estas sábanas, todavía no se habían impregnado de mi olor. Para él y para mí todo era nuevo, y para ti también. Al día siguiente yo pagaba mi primer alquiler y los de afuera tomaban la ciudad. Yo todavía no era una puta... Se esparcieron por toda la ciudad.

Gente de mi misma sangre, de mi misma fe, de mi misma lengua... Y humillaron mi ciudad, lo que quedaba de mí ciudad, lo que quedaba de mi casa... Y atrás quedó mi pasado, mi esposo aplastado, prensado como una hoja de papel bajo el peso sucio de los escombros. Una mancha de sangre. Después, sin mayores cumplidos, les abrí la puerta. Y, a partir de entonces, comenzó mi victoria.

Durante cuatro meses la ciudad ha permanecido ocupada. Me han dado ropa, comida, jabón, medicinas... unos y otros. Todos me han deseado, todos me han odiado. Algunos han buscado la manera de desahogar su rabia, como si la violencia de los cuerpos pudiese devolverles la fe. La fe, sí. La fe en su victoria, en su fuerza, en su futuro: follar para vencer, para humillar, para sentirse otra vez poderosos. Otros han buscado el consuelo del hogar lejano, el recuerdo de un tiempo en el que fueron niños y las guerras eran de mentirijillas. Algunos han visto en mí una mujer de la ciudad ocupada, otros sólo me han juzgado partícipe de la corrupción de los vencedores. Los más, han sabido dar con la etiqueta adecuada: co-la-bo-ra-cio-nis-ta. Todos me han utilizado, me han magreado, me han babeado, han vertido en mí sus propios demonios. Y de noche, en sus casas, en sus cuarteles, se han permitido el lujo de despreciarme, han expulsado sus remordimientos y me han traspasado sus culpas y sus llagas. Todos me han deseado y me han odiado. Cuando subo las escaleras chismorrear a mis espaldas. Los más audaces, me insultan. Y los niños.... los niños, con sus ojos como platos, alzan los puños y me amenazan. Todos me han deseado y me han odiado, pero yo he jugado mis cartas y ya no tengo miedo.

Durante cuatro meses he sido objeto de admiración, sumisión, adoración, deseo. He sido doblemente pagada. Y todo gracias a ti, a tu mirada.

VI

ÉL.- Hace rato que el nivel del agua no te amenaza. o así parece. Casi no tienes sed. Casi no piensas en la sed. Si no fuera por esta postura tan incómoda, casi dirías que incluso estás bien... Hay que dejar pasar el tiempo. No moverse, no tener sed, no pensar... Sólo recordar, sólo esperar. Esperar. Tiene que pasar alguna cosa, estás seguro. Si no, ¿qué sentido tendría todo esto, todo este espectáculo, el líquido brillante, el ligero movimiento de los árboles, las hojas, las ramas, los juncos y la discreta retirada del sol? Estás seguro. Tiene que pasar algo.

(Pausa.)

¿Qué haces aquí? Pensabas en ella, ¿te acuerdas? ¿Recuerdas las escaleras? Sí, las escaleras. Un piso y otro, las escaleras, hace un instante y no aquella primera vez. Han pasado meses desde la primera vez. Ahora mismo, hace un momento, antes del agua... Subes corriendo la escaleras..., reconoces los pomos redondos en los ángulos de la barandilla y la madera gris y gastada de los escalones... Pero hoy los vecinos no espían: han abierto las puertas y son mucha gente, mucha gente que grita. Arriba, te dicen. Arriba, más arriba, en el último piso, y el rencor de sus gritos te estremece. Unos se abrazan y lloran. Por todas partes resuenan aún las detonaciones ensordecedoras de la última batalla. Los amigos están muertos. Fin de fiesta. Fuegos artificiales. Victoria... Y tus compañeros, alegres, con el pecho descubierto, te siguen hacia arriba. Por detrás tuyo percibes su aliento, a bocanadas... Te calienta y humedece la nuca... Y todo eso ahora mismo, hace un instante...

¿Cómo has venido a parar aquí? ¿Cómo has ingresado en este paisaje? ¿Por qué te has quedado aquí, con el agua al cuello? Hace tan solo un momento, por fin, entrabas en la ciudad y corrías hacia ella. Durante cuatro meses ha sido tu único pensamiento, tu imagen constante... Corres hacia ella... Llevas un fusil en las manos, aunque ahora sin balas... Y, en el último rellano, delante de su puerta, antes de que lleguen tus compañeros, intentas recordar su nombre y sólo recuerdas un cuadro. Llamas. Uno, dos, tres. Vuelves a llamar. Uno, dos, tres... Y de repente un estallido seco e imprevisto.

Súbitamente te has encontrado aquí, en este paraje agreste y extraño. Lo sabes, ¿verdad? Nunca habías estado aquí. Estás seguro. Nunca habías estado, pero reconoces, reconoces las cosas: las hojas, los árboles, los juncos, el agua... Sí, lo reconoces todo, como si te hubiese acompañado durante toda tu vida, como si hubiese esperado el momento idóneo para reaparecer, como si hubiese surgido del rincón más escondido de tus sueños. Y sabes que algo tiene que pasar. Estás seguro de ello. Alguna cosa tiene que pasar, alguna cosa tiene que pasar ahora, ahora...

VII

ELLA.- Cada vez se escuchan menos disparos. Un silencio de muerte detiene el aire... ¿Lo escuchas? Sé que tú no respiras, pero también lo notas, ¿verdad? La batalla ha

terminado. ¿Quién habrá ganado? ¿Quién llegará antes? No me mires así, o ¿crees que no sé que me estás mirando? Sé lo que hago. Lo he pensado detenidamente. Si lo hago, perderé la oportunidad de sobrevivirme en otra persona. Y precisamente de eso se trata, de hacer que se pare aquí la rueda. Ni una oportunidad más de futuro. ¡Ni una! Ninguna excusa. Nada que justifique la debilidad. Al fin y al cabo, hago lo mismo que tú, soltar amarras. Basta de ataduras. Cuanto más insistes en fingir que me ignoras, cuanto más insistes en fingir que desprecias, más convencida estoy de que tomo la decisión correcta. Basta. ¿Quizás no he dejado lo suficientemente claro que quiero vivir sola, libre, desposeída, feliz? ¿Que qué pasará contigo? No me lo preguntes. Escucha, ¿no lo oyes? ¿No entiendes que mañana nuestra historia y a no será posible? Basta. No quiero ofrecer ninguna oportunidad al futuro. Nadie se merece este calvario. Ningún relevo, ninguna otra vida, ningún otra día. Al menos hasta hoy he tenido la suerte de conocer la felicidad. No necesito nada más. No tiene sentido ir más lejos... Hoy es el día decisivo. El día que todos esperábamos, ¿entiendes? No necesito ningún futuro. La aventura ha llegado al final. Un final feliz.

(Pausa.)

El día en que se hundió mi casa comenzó esta aventura. Fui lanzada al mundo de nuevo, como si se me concediese una segunda oportunidad. Vine aquí y tú ya estabas. El primer día que recibí a un hombre... o no, el primer día que cobré, comenzó mi victoria. Y durante cuatro meses he sido feliz. Me he granjeado admiración, sumisión, adoración, deseo. He tenido poder y he obtenido placer. He sido pagada doblemente. Y todo gracias a ti, a tu mirada. La voluptuosidad, lo sabes, procedía de tu mirada, de ti... Fuera de esta habitación, el desprecio y el odio han sido mi única paga. Ningún saludo amable, ninguna palabra de ánimo, ninguna indulgencia... Sólo una amenaza latente, inaudible... ¡Llegará un día...! ¡Putá...! He vivido en peligro, sí, y en ello he encontrado una nueva fuente de placer. He mantenido, aunque no sé muy bien por qué, una excitante y agradable sensación de inmunidad, como si fuese la heroína de una vieja película, como si supiera de antemano que, a pesar de lo provisional y aventurado de todo, el final sería necesariamente feliz. Y esta convicción me ha elevado por encima de los demás... Ha sido como si viviera por primera vez, por primera vez. Y todo gracias a ti.

(Pausa.)

Tú, la viva encarnación de la nada, de la no existencia. Mañana nuestra historia ya no será posible, pero no quiero renunciar a ti, que seas de otro. Basta de dudas. Tú desaparecerás conmigo porque eres lo único que me queda, lo único que ya soy... Te ríes, ya lo sé. No podré hacer desaparecer todas las innumerables reproducciones colgadas en las infinitas paredes del mundo. La única posibilidad de seguir después del final, el único futuro posible... Con eso me vale. En esas reproducciones nuestra unión será la única verdadera, la unión entre alguien que es, que soy, y alguien que no es, tú... la unión con la que tú sabes recubrir todos mis actos, mi propia y sorprendente irrealidad. No nos engañemos: yo soy tú. Y si a veces me cuesta aproximarme a ti y mirarte es porque no me atrevo a contemplar en un espejo el más puro de mis rostros. Una muchacha inocente, con la cabellera roja y larga y los ojos ausentes, atravesando el río de la vida... Has venido desde tu irrealidad a expulsar de mis dominios los egoísmos y la derrota, la ceguera del desastre, y a invitarme a la alegría de vivir. Y por eso te quiero. Te quiero. ¡Así de sencillo! Sólo una transferencia, una transferencia que hasta ayer parecía de lo más simple, una sencilla transfusión que contagia con todo aquello que no existe aquello que existe demasiado, la necesidad de comida, la muerte, la guerra... Ahora... Ahora ya da lo mismo. Ya puede desaparecer del mundo el suave movimiento de la mecedora, la tibia brisa del aire, la espuma del mar dibujándose en el horizonte...

(Pausa.)

Hoy acabaré con esta otra vida que me roe las entrañas. Y todo ha de pasar aquí, en condiciones no demasiado buenas, delante de ti, y me revienta que hayas de ver cómo pierdo el poder, cómo grito, cómo me hieren... Pero tengo que hacerlo, para ahorrarme el dolor. Me da miedo el dolor... Sea como sea, no puede pasar de hoy, lo siento. Debo acabar con la hinchazón de mi vientre, esconderla como tú... Y si no se deciden, les obligaré... **(Amenaza con la pistola.)** La puerta es delgada, las balas pueden atravesarla, cuando hay un muerto por medio, la rabia no les permite hacer prisioneros.

(Pausa.)

Que vengan los otros, ellos, sí, que suban las escaleras. Ni una sola oportunidad más de futuro. Sin vejez, sin soledad, no tendré que sufrir los desfallecimientos del cuerpo, ni tampoco el enquistamiento imperceptible e inexorable del

espíritu. Así que qué más da. Tarde o temprano, para mí todo habrá acabado. No existiré.

(Pausa.)

(Llaman a la puerta. Uno, dos, tres.)

Qué, ¿quieres quedarte, verdad? Aquí lo eres todo. Sólo aquí lo eres todo. Con esta impertinencia y con esta constancia es como has saludado a todas mis visitas. Aquí tú lo eres todo. Los hombres me han conocido apoyados en tu mirada. A partir de ahora el recuerdo de esta habitación, que jamás habían soñado, les quitará el sueño. Yo también estaré presente, por supuesto, pero sólo verán tu rostro. Yo soy tú. ¿De qué me servirá decir mi nombre en voz alta? Hoy, tú y yo nos separaremos, y te lo aseguro, ni tú ni yo viviremos para nadie más en esta habitación.

(Llaman a la puerta. Uno, dos tres. ELLA avanza. Descuelga la imagen. Se escucha el ruido de un papel o un cartón que alguien rasga. La ha desgarrado. La imagen rota está en el suelo. ELLA mira hacia la puerta. Siempre con la pistola. Sus dos brazos cuelgan inertes. Se oyen gritos. Se oyen gritos de mucha gente: «arriba, más arriba, en la última puerta...» Ruido de pasos apresurados en el rellano. Llaman a la puerta. Uno, dos, tres... ELLA no se mueve. Uno, dos, tres... Uno, dos, tres... Estira el brazo encañonando la puerta con la pistola. Uno, dos, tres. Alguien, desde detrás de la puerta, dice: «Soy yo. He vuelto. He venido a buscarte. Somos...». ELLA dispara. Oscuro. Pequeña pausa. Ruidos, insultos, y la puerta que cae al suelo. Disparos. Atravesando la oscuridad, un grito prolongado y penetrante de mujer...)

VIII

ÉL.- El espejo negro del agua se ha agrietado de un extremo a otro. No lo has podido evitar. Te das por vencido... Una barca, y dentro una mujer. Una mujer toda vestida de blanco, con los cabellos sueltos, rojos, casi negros y la cara pálida. Tiene los ojos cerrados o quizás la mirada baja. No. Tiene los ojos abiertos, muy abiertos. A los dos lados del bote, cuelga un tapiz de mil colores con los extremos sumergidos en el agua negra. Se pueden ver en él caballeros y damas, torres altas de majestuosos castillos y banderas ondeando en

el aire... Ahora entiendes toda esta agua.... que, definitivamente, es un río. Hace rato que se ha puesto el sol, pero ella parece una sombra luminosa y su cabellera una antorcha brillante. En la proa lleva un farol y tres velas que luchan para no dejarse vencer por las ráfagas de viento. Pequeñas olas danzan en la superficie, y los juncos, las hojas y las ramas arrancadas se apartan reverentemente a su paso... Intentas llamarla. ¡Eh, eh! Pero no te oye. No te oye. No te ve. ¡Eh, eh! Ahora, ya te oye, te ve, te mira.... viene hacia ti, se acerca. Está aquí. Sí, la barca casi te ha rozado la cara. Está aquí, a tu lado... ¿Qué hace ahora? Dobla el cuello, te alarga la mano, la coges, su cabellera le cubre el rostro y, aunque no sabes muy bien cómo, subes a la barca. Ya está allí. Estás a su lado, encima del tapiz, y también llevas la ropa blanca. La barca avanza lentamente, galantemente por el río... Adelante.

(Oscuro.)

FIN